

Mark Twain

La Célebre
Rana Saltarina
del Distrito de
Calaveras



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CÉLEBRE RANA SALTARINA DEL DISTRITO DE CALAVERAS

MARK TWAIN

PUBLICADO: 1865
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

Traducida al castellano por Elejandría desde la edición en inglés titulada *The Celebrated Jumping Frog of Calaveras County and Other Sketches* (1867). Disponible en en.wikisource.org.

LA CÉLEBRE RANA SALTARINA DEL DISTRITO DE CALAVERAS

MARK TWAIN

En cumplimiento de la petición de un amigo mío, que me escribió desde el Este, llamé al viejo Simon Wheeler, bondadoso y charlatán, y pregunté por el amigo de mi amigo, Leonidas W. Smiley, como se me pidió, y adjunto el resultado. Tengo la acechante sospecha de que Leonidas W. Smiley es un mito; que mi amigo nunca conoció a tal personaje; y que sólo conjeturó que, si le preguntaba al viejo Wheeler por él, le recordaría a su infame Jim Smiley, y se pondría a trabajar y me aburriría casi hasta la muerte con alguna reminiscencia infernal de él tan larga y tediosa como inútil para mí. Si ese era el designio, ciertamente tuvo éxito.

Encontré a Simón Wheeler dormitando cómodamente junto a la estufa del bar de la vieja y destartalada taberna del antiguo campamento minero de Angel's, y noté que era gordo y calvo, y que tenía una expresión de dulzura y sencillez ganadoras en su tranquilo semblante. Se levantó y me dio los buenos días. Le dije que un amigo mío me había encargado que hiciera algunas averiguaciones

sobre un querido compañero de su infancia llamado Leonidas W. Smiley, el reverendo Leonidas W. Smiley, un joven pastor del Evangelio, del que había oído que había sido residente de Angel's Camp. Añadí que, si el señor Wheeler podía decirme algo sobre este reverendo Leonidas W. Smiley, me sentiría en deuda con él.

Simon Wheeler me arrinconó y me bloqueó allí con su silla, y luego me sentó y me contó el monótono relato que sigue a este párrafo. Nunca sonrió, nunca frunció el ceño, nunca cambió su voz del tono suave y fluido con el que afinó la frase inicial, nunca traicionó la más mínima sospecha de entusiasmo; pero a lo largo de toda la interminable narración corrió una vena de impresionante seriedad y sinceridad, que me mostró claramente que, lejos de imaginar que había algo ridículo o divertido en su historia, la consideraba un asunto realmente importante, y admiraba a sus dos héroes como hombres de un genio trascendente en cuanto a su delicadeza. Para mí, el espectáculo de un hombre que se dejaba llevar serenamente por una historia tan extraña sin sonreír nunca, era exquisitamente absurdo. Como dije antes, le pedí que me dijera lo que sabía del reverendo Leonidas W. Smiley, y me respondió lo siguiente. Le dejé seguir a su manera y no le interrumpí ni una sola vez:

Hubo una vez aquí un tipo llamado Jim Smiley, en el invierno del 49 o tal vez en la primavera del 50, no lo recuerdo con exactitud, aunque lo que me hace pensar que fue uno u otro es porque recuerdo que el gran canal no estaba terminado cuando él llegó al campamento; pero en cualquier caso, era el hombre más curioso que jamás se haya visto, que siempre apostaba por cualquier cosa que apareciera, si lograba que alguien apostara por el otro lado; y si no lo lograba, cambiaba de bando. Cualquier cosa que le convenía al otro hombre le convenía a él, de cualquier manera, con tal de conseguir una apuesta, se daba por satisfecho. Pero aún así tenía suerte, una suerte poco común; casi siempre salía ganador. Siempre estaba preparado para una oportunidad; no podía haber ninguna cosa de la que se hablara sin que ese tipo se ofreciera a apostar por ella, y -tomara el lado que quisiera, como le estaba diciendo. Si había una carrera de caballos, lo encontrarías a ras de suelo, o lo encontrarías perdido al final de la misma; si había una pelea de

perros, apostaría por ella; si había una pelea de gatos, apostaría por ella; si había una pelea de gallinas, apostaría por ella; si había dos pájaros en una valla, apostaba a cuál de ellos volaría primero; o si había una reunión de campamento, estaba allí regularmente para apostar por el párroco Walker, al que consideraba el mejor exhortador de la zona, y también lo era, y un buen hombre. Si veía que un bicho de a caballo se ponía en marcha en cualquier lugar, apostaba a cuánto tardaría en llegar a donde fuera, y si lo aceptabas, seguiría a ese bicho hasta México, pero lo que averiguaría era a dónde se dirigía y cuánto tiempo llevaba en el camino. Muchos de los muchachos de aquí han visto a ese Smiley, y pueden hablarles de él. Nunca le importó apostar por cualquier cosa, el más peligroso. La esposa del párroco Walker estuvo muy enferma una vez, durante un buen tiempo, y parecía que no iban a salvarla; pero una mañana él entró, y Smiley le preguntó cómo estaba, y él dijo que estaba considerablemente mejor gracias al Señor por su infinita misericordia y que, con la bendición de la Providencia, todavía se pondría bien; y Smiley, antes de pensarlo, dijo: "Bueno, me arriesgaré dos y medio a que no lo haga, de cualquier manera".

Este Smiley tenía una yegua a la que los chicos llamaban el "jamelgo de los quince minutos", pero eso era sólo en broma, ya que, por supuesto, era más rápida que eso y él solía ganar dinero con ese caballo, a pesar de ser tan lento y de tener siempre asma, o moquillo, o tisis, o algo por el estilo. Solían darle doscientas o trescientas yardas de salida, y luego la pasaban en marcha; pero siempre, al final de la carrera, se excitaba y se desesperaba, y venía retozando y montando a horcajadas, y esparciendo sus patas alrededor, a veces en el aire, y a veces a un lado entre las vallas, y levantando más polvo, y armando más jaleo con sus toses y estornudos y sonándose la nariz, y siempre llegaba a la meta con un cuello de ventaja, tan cerca como se podía calcular.

Y tenía un pequeño cachorro de bull, que al mirarlo uno pensaría que no vale ni un centavo, sino que se pone a dar vueltas y parece intratable, y espera una oportunidad para robar algo. Pero en cuanto el dinero estaba encima, era un perro diferente; su mandíbula empezaba a sobresalir como el casco de un barco de vapor, y sus

dientes se descubrían, y brillaban salvajemente como los hornos. Y un perro podría abordarlo, y matarlo, y morderlo, y tirarlo por encima del hombro dos o tres veces, y Andrew Jackson, que era el nombre del cachorro, Andrew Jackson, nunca dejaría de decir lo satisfecho que se sentía, y no había esperado otra cosa, y las apuestas se doblaban y doblaban en el otro lado todo el tiempo, hasta que el dinero se acababa; y entonces, de repente, agarraba al otro perro por la pata trasera y lo congelaba, no lo masticaba, sino que lo agarraba y lo sostenía hasta que se llenaba la bolsa, si era un año. Smiley siempre salía ganando con ese cachorro, hasta que una vez enjaezó a un perro que no tenía patas traseras, porque se las habían cortado con una sierra circular, y cuando la cosa había avanzado lo suficiente, y el dinero se había acabado, y él vino a hacer un arrebato para su perno mascota, vio en un minuto cómo se había impuesto, y cómo el otro perro lo tenía en la puerta, por así decirlo, y "miró con sorpresa, y luego pareció desanimado, y no trató de ganar la pelea, por lo que fue maltratado. Le echó una mirada a Smiley, como diciendo que su corazón estaba roto, y que era su culpa, por poner a un perro que no tenía patas traseras para que él tomara el control, que era su principal defensa en una pelea, y entonces cojeó un poco y se acostó y murió. Era un buen cachorro, era ese Andrew Jackson, y se habría hecho un nombre si hubiera vivido, porque la esencia estaba en él, y tenía genio, lo sé, porque no había tenido oportunidades para hablar, y no tiene sentido que un perro pueda hacer una pelea como la que hizo en esas circunstancias, si no tiene talento. Siempre me da pena cuando pienso en su última pelea y en cómo resultó.

Bueno, el tal Smiley tenía ratoneros, gallinas y gatos, y todo ese tipo de cosas, hasta que no podías descansar, y no podías conseguir nada para que él apostara, sino que te igualaba. Un día cogió una rana y se la llevó a casa, y dijo que quería educarla; así que durante tres meses no hizo otra cosa que quedarse en su patio trasero y enseñar a esa rana a saltar. Y puedes apostar a que también lo aprendió. Le daba un pequeño puñetazo por detrás, y al minuto siguiente veías a la rana girar en el aire como una rosquilla, y la veías dar una vuelta de campana, o tal vez un par, si tenía un buen comienzo, y bajar con los pies planos y bien, como un gato. Lo

educó tanto en la materia de atrapar moscas, y lo mantuvo en práctica tan constantemente, que clavaba una mosca cada vez hasta donde podía verla. Smiley dijo que todo lo que una rana quería era educación, y que podía hacer casi cualquier cosa, y yo le creo. Le he visto poner a Dan'l Webster en el suelo. Dan'l Webster era el nombre de la rana y cantar: "¡Moscas, Dan'l, moscas!" y más rápido que un guiño, se levantaba y sacaba una mosca del mostrador, y se dejaba caer en el suelo tan sólido como un barro, y se rascaba el lado de la cabeza con su pata trasera tan indiferente como si no tuviera idea de que había estado haciendo más de lo que cualquier rana podría hacer. Nunca se ha visto una rana tan modesta y directa como ella, a pesar de estar tan dotada. Y cuando se trataba de saltar a un cierto nivel, podía superar más terreno en una sola zancada que cualquier animal de su raza que se haya visto. El salto a ras de suelo era su punto fuerte, y cuando se trataba de eso, Smiley apostaba por él siempre que tuviera un rojo. Smiley estaba monstruosamente orgulloso de su rana, y bien podría estarlo, ya que los tipos que habían viajado y estado en todas partes, todos decían que se acostó sobre cualquier rana que alguna vez vieron.

Pues bien, Smiley guardaba la rana en una pequeña caja de rejilla, y solía llevarla a la ciudad de vez en cuando para apostar. Un día, un extraño en el campamento, se cruzó con él con su caja, y dijo:

"¿Qué podría ser lo que tienes en la caja?"

Y Smiley dijo, como indiferente, "Podría ser un loro, o podría ser un canario, podría ser, pero no, es sólo una rana".

Y el hombre la cogió, la miró detenidamente, la giró de un lado a otro y dijo: "Así es. Bueno, ¿para qué sirve?"

"Bueno", dijo Smiley, fácil y despreocupadamente, "Es lo suficientemente buena para una cosa, debería considerar que puede saltar más que cualquier rana en el condado de Calaveras".

El tipo tomó la caja de nuevo, y echó otro largo y particular vistazo, y se la devolvió a Smiley, y dijo, muy deliberadamente, "Bueno, no veo ninguna característica en esa rana que sea mejor que cualquier otra rana".

"Puede que no lo veas", dice Smiley. "Puede ser que entiendas a las ranas, y puede ser que no las entiendas; puede ser que hayas

tenido experiencia, y puede ser que no seas más que un aficionado, por así decirlo. En cualquier caso, tengo mi opinión, y me juego cuarenta dólares a que puede saltar más que cualquier rana del condado de Calaveras".

Y el tipo estudió un minuto, y luego dijo, más o menos triste, "Bueno, sólo soy un extraño aquí, y no tengo ninguna rana; pero si tuviera una rana, te apostaría".

Y entonces Smiley dijo: "Está bien, está bien, si sostienes mi caja un minuto, iré a buscarte una rana". Así que el tipo cogió la caja, y puso sus cuarenta dólares junto con los de Smiley, y se puso a esperar.

Así que se quedó allí un buen rato pensando y reflexionando, y luego sacó la rana, le abrió la boca y cogió una cuchara de té y la llenó de perdigones hasta la barbilla y la dejó en el suelo. Smiley se fue al pantano y se metió en el barro durante mucho tiempo, y finalmente cogió una rana, la trajo y se la dio a este tipo, y dijo:

"Ahora, si estás listo, ponlo al lado de Dan'l, con sus patas delanteras justo al lado de Dan'l, y yo daré la orden". Entonces dijo: "¡Uno, dos, tres, salta!", y él y el amigo tocaron las ranas por detrás, y la nueva rana saltó, pero Dan'l dio un tirón, y levantó los hombros como un hombre francés, pero fue inútil, no pudo moverse; estaba plantado tan sólido como un yunque, y no podía moverse más que si estuviera anclado. Smiley se sorprendió mucho, y también se disgustó, pero no tenía ni idea de lo que ocurría, por supuesto.

El tipo cogió el dinero y se marchó; y cuando salía por la puerta, sacudió el pulgar por encima de los hombros hacia Dan'l, y dijo de nuevo, muy deliberadamente: "Bueno, no veo ninguna característica en esa rana que sea mejor que cualquier otra rana".

Sonriente, se quedó rascando la cabeza y mirando a Dan'l durante mucho tiempo, y al final dijo: "Me pregunto qué es lo que ha hecho esa rana, porque me pregunto si no le pasa algo, ya que parece que está muy hinchada". Y agarró a Dan'l por la nuca, lo levantó y le dijo: "¡Caramba, culpa de mis gatos, si no pesa cinco libras!" y lo puso boca abajo, y eructó un doble puñado de perdigones. Y entonces vio lo que pasaba, y se puso como un loco, dejó la rana en el suelo y salió a buscar a ese tipo, pero nunca lo atrapó. Y...

[Aquí Simon Wheeler escuchó su nombre desde el patio delantero, y se levantó para ver qué quería]. Y volviéndose hacia mí mientras se alejaba, dijo: "Quédate donde estás, forastero, y descansa que no voy a estar fuera ni un segundo".

Pero, con su permiso, no creí que una continuación de la historia del emprendedor vagabundo Jim Smiley pudiera proporcionarme mucha información sobre el reverendo Leonidas W. Smiley, así que me puse en marcha.

En la puerta me encontré con el sociable Wheeler que regresaba, y me abrochó el botón y comenzó de nuevo:

"Bueno, este Smiley tenía una vaca tuerta y gritona que no tenía cola, sólo un corto muñón como una banderola, y ... "

"¡Oh! ¡Que le cuelguen a Smiley y a su afligida vaca!" murmuré, con buen humor, y dando los buenos días al viejo caballero, me marché.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB